

Gaudí: «El capricho» y su restauración. Comillas (Cantabria)

ENRIQUE CAMPUZANO RUJZ
LUIS CASTILLO ARENAL

1883. Comillas es una pequeña villa marinera de la provincia de Santander (hoy Cantabria) y cercana a San Vicente de la Barquera. Desde hace varias décadas se ha convertido en un pueblo próspero merced a la fortuna en los negocios de un convecino, don Antonio López López, que recibió un título de marqués de su pueblo natal en 1878. Fundador de la Compañía General de Tabacos de Filipinas, de varias compañías de transporte marítimo, para el tráfico colonial y algunas entidades financieras, atrae a sus acaudalados colaboradores, pertenecientes en su mayor parte a la burguesía catalana, en donde tiene sede su patrimonio, a nuestra villa durante la temporada estival, por lo que este pequeño pueblo marinerero comienza a cambiar su economía tradicional de subsistencia por un incipiente turismo privilegiado. Esta situación se consolida a partir de los años 1881 y 1882 en que Comillas es elegida por los reyes para su descanso veraniego, por invitación del marqués.

Don Máximo Díaz de Quijano, que ha hecho su fortuna en Cuba, rico indiano, solterón, amante de los buenos libros, la buena cocina y de los adornos exóticos —a decir de José Luis Sert—,¹ concejal del ayuntamiento comillano y carlista de ideología, encarga a Antonio Gaudí, joven archi-

1. SERT, Josep Lluís, y SWEENEY, *Antonio Gaudí*, Nueva York, 1961, p. 42.

tecto catalán que acaba de finalizar sus estudios, una residencia de lujo en una finca de su propiedad junto al parque de Ocejo, cercana a la mansión del marqués, su concuñado. Sin duda a nuestro personaje —dotado de una gran sensibilidad para las letras y la música—, como lo atestiguan algunas composiciones costumbristas y las partituras para dos libretos de zarzuela que había escrito don José María de Pereda— no le habían pasado desapercibidas las construcciones efímeras, pabellones de descanso y recepciones, kioscos, montados en la finca Ocejo, para el sosiego de los reyes, ni los muebles y reclinatorios de la recién inaugurada capilla-panteón del marqués y su familia, todo fruto de la imaginación del arquitecto catalán.

A pesar de su ideología conservadora, don Máximo se sintió cautivado por la exquísitez y fantasía de los diseños gaudinianos. El kiosco de 1881 estaba dotado de un sistema musical, a modo de campanile, que resaltaba su carácter oriental y por tanto exótico, muy del gusto del momento. El del año 82, más atrevido y espectacular, calificado como «kiosco de fantasía» rematado por una cúpula bulbosa, llevaba de nuevo un complejo sistema de sonidos musicales timbrados en bronce y cristales de suaves tonalidades y colores.²

La relación de Gaudí con el Marqués de Comillas había comenzado en 1878 con el encargo de los muebles para su capilla-panteón, a través de su yerno Eusebi Güell. Este mismo cauce hubo de seguirlo don Máximo para contactar con el arquitecto, que hasta entonces no había podido ver realizada ninguna obra de importancia a no ser proyectos decorativos para fincas particulares y detalles urbanísticos.

Proyecto y ejecución

No se ha podido conservar ningún dibujo correspondiente al proyecto de la Villa Quijano o «El Capricho», pues aunque se guardaban en el archivo del arquitecto Cascante hasta 1936, desaparecieron durante la Guerra Civil.

El proyecto de la Villa Quijano responde a una concepción de la arquitectura en relación con la naturaleza. El paisaje y el clima de Comillas, así como la propia finca verde y boscosa impelen a Gaudí a tomar referencias en la arquitectura inglesa de la época —el cottage—, frente a las influencias francesas que primaban en su tierra catalana. El diseño

2. SAMA, Antonio: *El Capricho de Gaudí en Comillas (Cantabria)*, Tesis de licenciatura (inérita).

de las ventanas en arco en mitra, la doble altura que presenta el salón principal, el geometrismo decorativo de las fachadas e incluso el invernadero se enmarcan dentro de las corrientes modernistas (postrrománticas) de Morris, historicistas y tradicionales inglesas. La misma concepción del edificio como un todo orgánico, susceptible de ampliaciones o adhesiones (que se producirán) a pesar del evidente geometrismo de la planta, en forma de U, con el patio hacia el mediodía, sus volúmenes redondeados en los ángulos, la rotura de las cornisas con los altillos y los diversos volúmenes de los tejados, así como el cuerpo de la entrada y la torre, descentrado y la tendencia acusada a la asimetría son otras tantas características de la arquitectura inglesa que privará en Comillas y en el resto de nuestra región a partir de estas fechas y sobre todo a principios de siglo, con obras fundamentales como el palacio de los Hornillos en Las Fraguas (del inglés Selden Wornum, 1890) y el palacio real de la Magdalena, en la capital (González Riancho y Bringas, 1912). Emplea Gaudí ventanas de guillotina y balcones adornados con asientos hacia el interior y pérgolas o doseles de hierro forjado, muy del gusto de la concepción artesanal del «Arts and Crafts», con formas onduladas de inspiración orgánica y naturalista, que culmina con la construcción de una gruta artificial (aunque no podemos atribuírsela con seguridad) aprovechando el desnivel del terreno.

Junto a las influencias inglesas, tamizadas por la imaginación de Gaudí, aparecen en el «Capricho» formas directamente relacionadas con la arquitectura oriental y musulmana, recurrencia a la cerámica vidriada, al ladrillo, a las formas quebradas en las cornisas utilizando este material y sobre todo la torre como alminar, punto de referencia y con la única función, primorosa, de ver el mar, referencias románticas que dotan a la villa de ese aspecto sensual y «caprichoso» que da nombre a la obra, enfatizado por algunos mecanismos y adornos proyectados que no llegaron a ejecutarse, que completaban el carácter de fantasía, ensueño veleidat y fascinación que inquietaban al arquitecto y complacían al propietario.

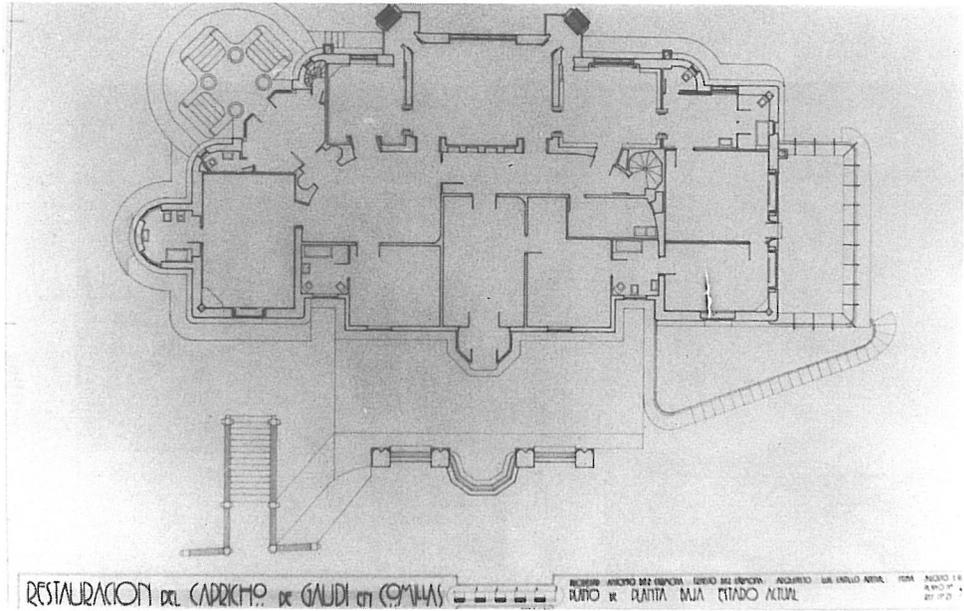
1885. Muere don Máximo Díaz de Quijano y su «capricho». Las obras fueron dirigidas en Comillas por el arquitecto colaborador Cristóbal Cascante, ayudado de una maqueta y la información fotográfica que a menudo le enviaba del desarrollo de las obras. Éstas se llevaron a efecto entre 1883 y 1885, año en que se dio por concluida la obra por el fallecimiento de su propietario, que la habitó durante breves días. No obstante faltaban algunos motivos ornamentales, como el letrero, a modo de filacteria con el nombre del indiano, que remataría el tejado de la fábrica. Se han manejado muchas conjeturas en torno a la estancia de Antonio

Gaudí en Comillas en alguna ocasión para supervisar las obras (en Barcelona se estaba construyendo la casa Vicens), predominando las conclusiones negativas en la mayoría de los estudiosos de la obra gaudiniana. No obstante poseemos un testimonio de don Tomás Álvarez, vecino del lugar (amigo de José Pardo, contratista de la obra) según el cual tanto Gaudí como Llimona estuvieron en nuestra villa. Esta misma opinión es compartida por Juan Matamala (hijo de Lorenzo, modelista que trabajó junto a Gaudí en los talleres Punti) que asegura que el arquitecto estuvo en Comillas durante una escala de un viaje a Santiago de Compostela, entre los años 1883 y 1885 (libro inédito que se conserva en la Cátedra Gaudí, de Barcelona).² Indiscutible es el interés y cariño que Gaudí sintió por su obra —era uno de los primeros proyectos que lograba materializarse— como muestra el hecho de que un importante número de planos fueron por él seleccionados para las dos únicas exposiciones montadas durante su vida la de París (1910), en la que no se mostraron ni el Palacio episcopal de Astorga, ni la Casa Batlló (por señalar las más relevantes), y la Exposición de Madrid (1911).

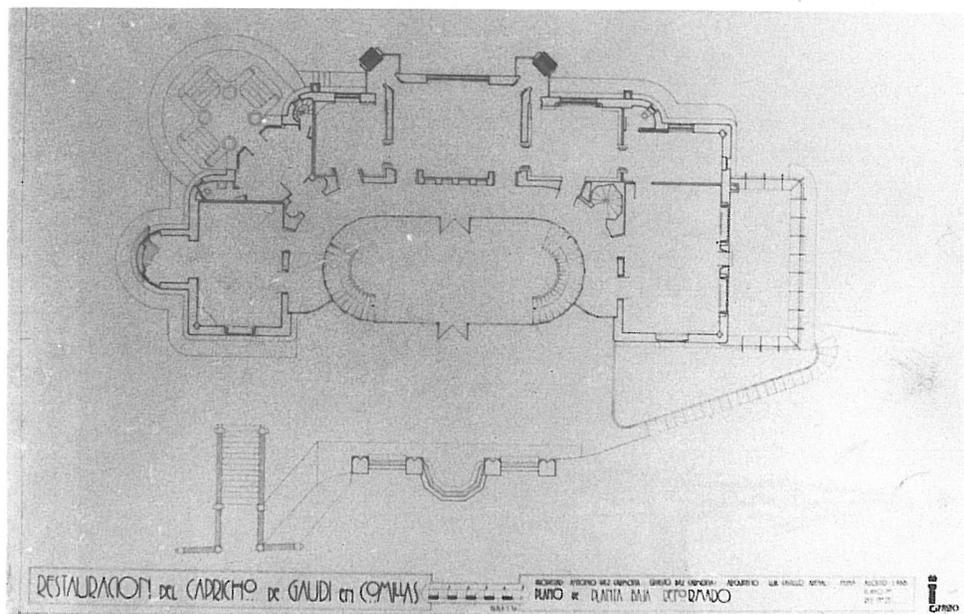
1903. El «Capricho» pasa a propiedad de don Santiago López Díaz de Quijano, soltero, diputado en Cortes y benefactor del Seminario Pontificio, que había fundado el Marqués de Comillas en la propia villa, por lo que la Santa Sede le concedió el título honorífico de marqués de Casa Quijano. Uno de sus sobrinos, don Claudio López, marqués de Lamadrid, comentaba que su familia veraneó en Comillas entre 1905 y 1924, para lo cual previamente hubo de realizarse una reforma de ampliación del edificio porque «no cabían en él».

La citada reforma consistió básicamente en sustituir el invernadero, diseñado por Gaudí, que ocupaba el espacio abierto de la fachada meridional, frente a la exedra, por un volumen compacto de ladrillo, burda imitación del resto de la construcción. Esta reforma, que se suele fechar, sin mucho fundamento, en el año 1914 (se sabe que ya se había efectuado en 1915), era fácilmente discernible con respecto al edificio de Gaudí por el distinto tono de la cerámica incorporada —pues ya no poseía brillo metálico— así como por el tipo de ladrillo utilizado —más grande que el original— y tampoco las ventanas eran de guillotina. Por otra parte y como aspecto más determinante, sobresalía de las alas del edificio con ángulos rectos, en arista viva, lo que producía un efecto contrario al ondulante que había procurado Gaudí en el resto del edificio.

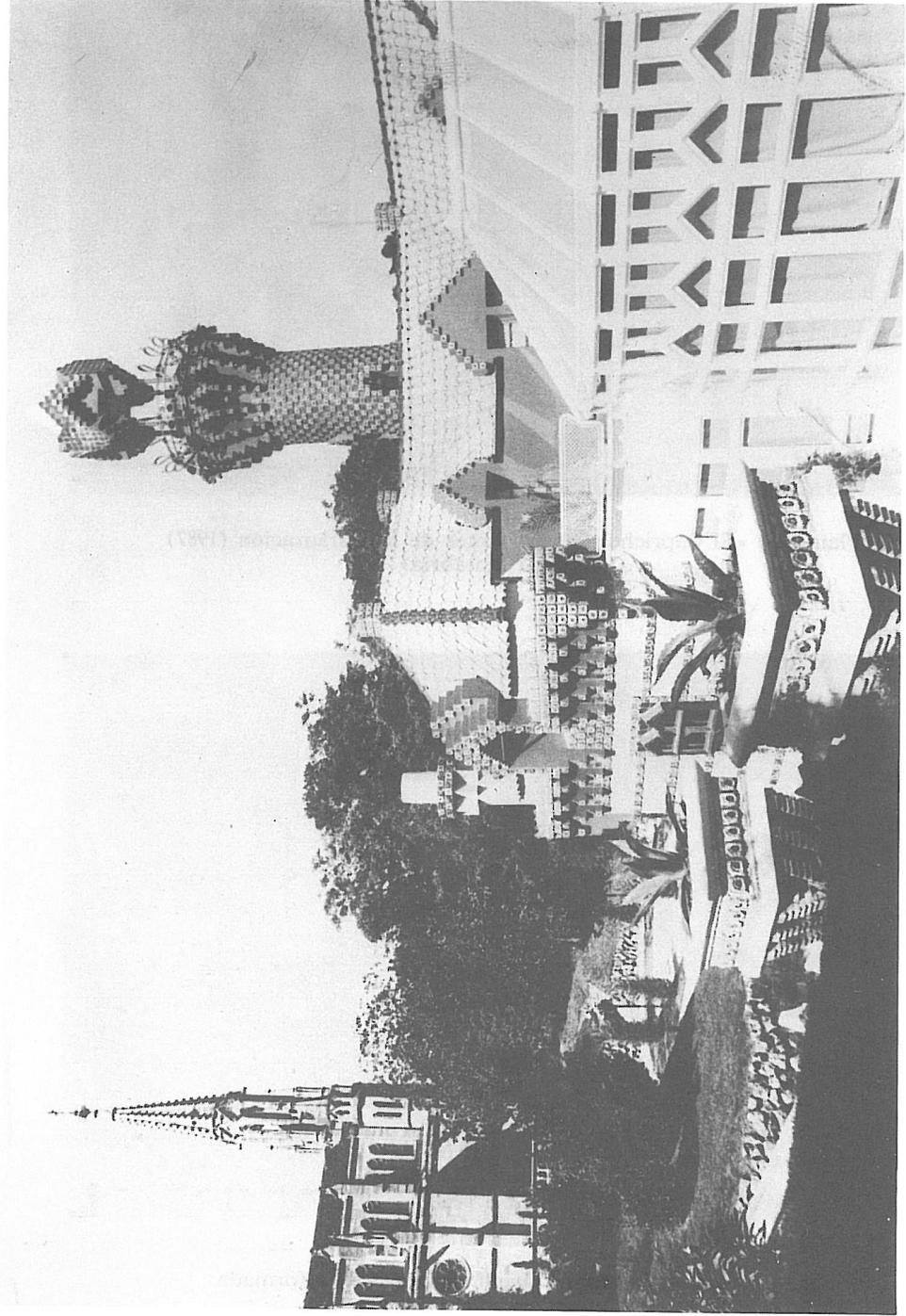
Recordaba también don Claudio López que los canales de zinc que a modo de pesebrones, disimulados por una crestería, recogían el agua del tejado evitando los canalones en la fachada, ocasionaban muchos problemas de humedad, por lo que es fácil que en ese momento se sustituyeran



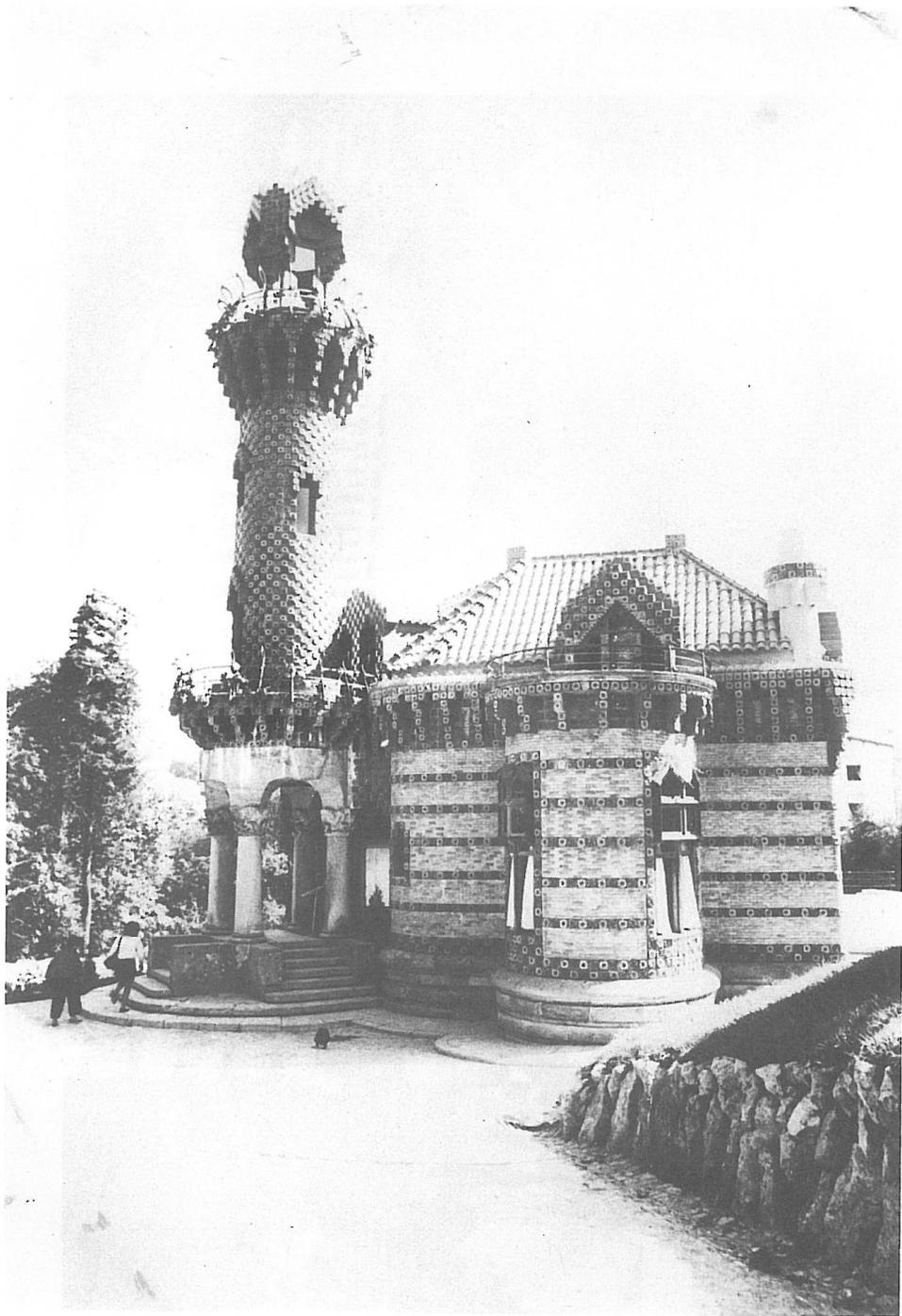
Planta de «El Capricho», Gaudí. Antes de la restauración (1987)
Comillas (Cantabria)



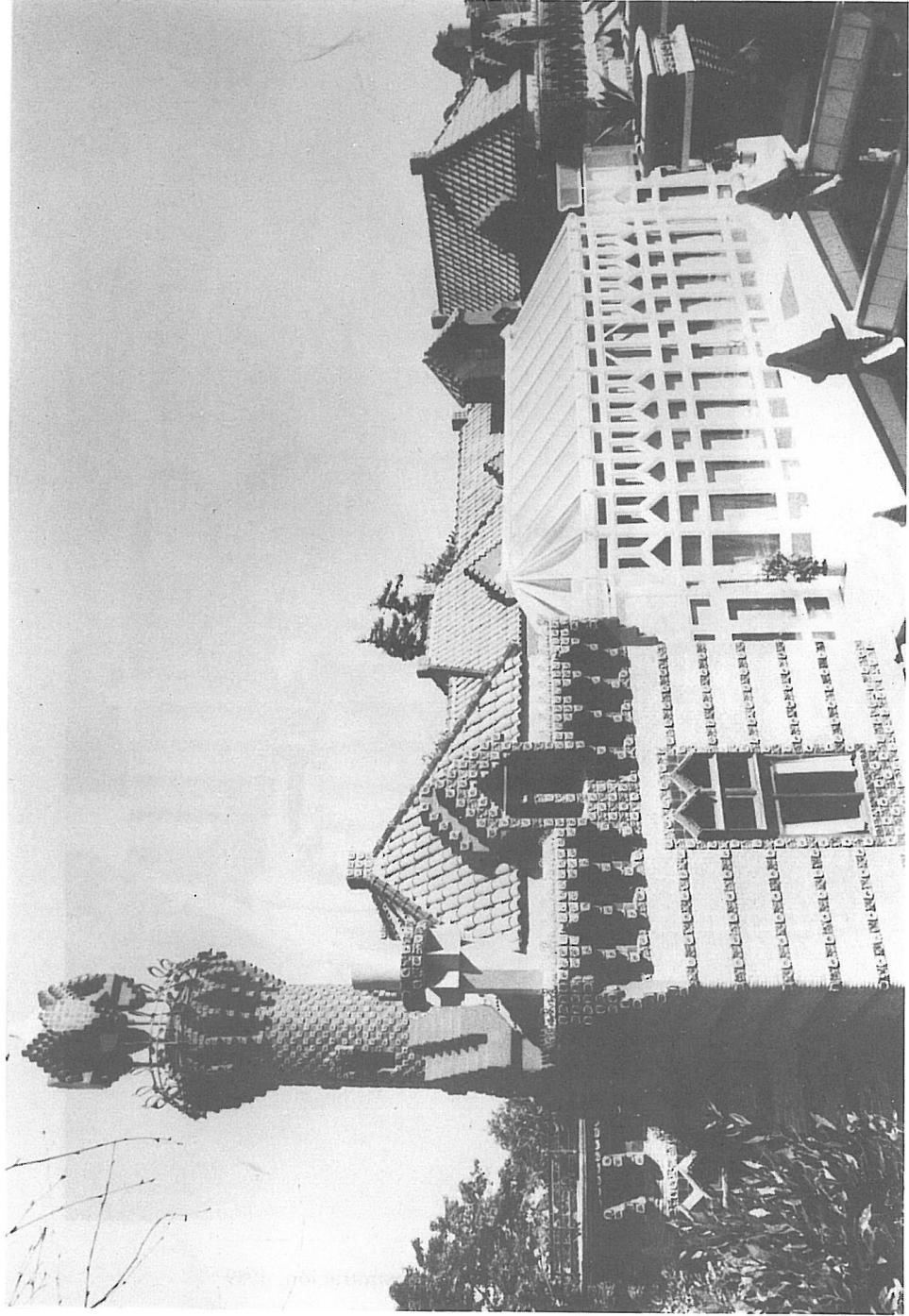
Planta de «El Capricho», Gaudí. Planta baja reformada
Comillas (Cantabria)



«El Capricho», Gaudí. Al fondo, el panteón de los Marqueses de Comillas Comillas (Cantabria)



«El Capricho», Gaudí. Después de la restauración, 1989
Comillas (Cantabria)



«El Capricho», Gaudí. Estado actual, 1989

también las primitivas tejas árabes, cuyos remates en limas y cumbreras eran de color verde aceituna vidriado, por las placas de fibrocemento.

Que en el patio abierto de la fachada Sur del palacete existió un invernadero está fuera de toda duda. El mismo José María Sert¹ afirma que la planta del edificio era abierta y que en la parte meridional había un invernadero. Don Luis Cuervas-Mons, sobrino-nieto de don Máximo, el primer propietario del «Capricho» comentaba que «este invernadero funcionaba como comedor y albergaba plantas interiores y tropicales». Durante el proceso de estudio y desarrollo del proyecto de restauración actual se han localizado las trazas y el suelo original, así como que la estructura era de madera y cristal formada por una composición rítmica de tramos de maineles.

- Luis

Esa estructura acristalada cumpliría una doble función, acorde con las intenciones estéticas del genial arquitecto: favorecer la penetración de la luz y el calor, necesaria en una región como la nuestra, menesterosa de tales recursos a lo largo de buena parte del año, en una fábrica en la que los huecos de las estancias principales estaban orientadas al Norte, por exigencias de vistosidad y relación con el entorno urbano y, por otra parte, completar el concepto espacial del edificio con un volumen etéreo, de clara apariencia exótica. Sería, por tanto, como un jardín interior que serviría de relación entre el salón principal y la terraza de la exedra exterior.

También se han descubierto en estos trabajos previos a la restauración, una especie de galería o balcón corrido que comunicaría por el exterior y a la altura de la planta superior, por encima del invernadero, las dos alas del edificio.

La supresión del invernadero y su sustitución por un volumen cerrado estaría motivada sin duda por la necesidad de albergar a una gran familia en una casa concebida desde el principio para un hombre soltero.

1928. Muere don Santiago y el palacete pasa a sus hermanos Luis, Eusebio, Genara, Isabel y Benita. Posteriormente fue adquirido por don Juan Antonio Güell (hijo de Eusebi, amigo y protector de Gaudí) con lo que el «Capricho» pasa a ser propiedad de la familia del Marqués de Comillas y más tarde heredado por Pilar Güell Martos, condesa de Montagut.

Proyecto de rehabilitación

1977. El «Capricho» es adquirido por don Antonio Díez Vollrath, empresario torrelaveguense, que lo cede a sus hijos Antonio y Ernesto,

actuales propietarios. El lamentable estado de conservación en que se encontraba el edificio determina el ofrecimiento de adquisición que la propiedad hace a la Diputación Regional, sin que se llegue a ningún acuerdo efectivo. También son infructuosas las operaciones de subasta realizadas a través de una reconocida agencia internacional. Ante estas adversas circunstancias, los propietarios toman la decisión de acometer por cuenta propia la restauración de la villa gaudiniana y encargan el proyecto a Luis Castillo Arenal, que cuenta, entre otros galardones con el Premio Europa Nostra, por la restauración de la Torre de Don Borja, en Santillana del Mar (para sede de la Fundación Santillana). Este arquitecto concibe la rehabilitación del palacete para servir de restaurante, como solución más aceptable para devolver al «Capricho» su apariencia original.³

El proyecto de restauración se fundamenta en un elaborado estudio teórico de la obra gaudiniana en general y de este palacete en concreto, dentro del contexto de aquélla. Se levanta una minuciosa y exhaustiva planimetría y se descubren aspectos hasta ahora desconocidos de este singular edificio: trazas, solado y estructura del, hasta ahora, supuesto invernadero; galería exterior en la fachada Sur; diversas modificaciones en el interior...

El suelo del invernadero se había respetado, por estar situado a un nivel inferior (33,5 cm) con respecto a la planta baja del resto del edificio. En la reforma de principios de siglo se superpuso un forjado de madera para alcanzar el nivel adecuado.

La estructura de madera y cristal sería un antecedente de lucernario que cubre el patio de la casa Batlló. En la citada reforma se habrían efectuado además las siguientes modificaciones; partición del cuarto de don Máximo, construcción de un aseo en la sala árabe al oeste, además de la apertura o tapiado de diversas puertas. Por otra parte no parece que la construcción del cuerpo añadido en sustitución del invernadero coincida en el tiempo con la sustitución de las tejas originales por las de placa de uralita.

Las obras de restauración, que se han iniciado hace escasas fechas, se llevan a cabo a buen ritmo y según las propuestas contenidas en este proyecto efectuado y dirigido por Luis Castillo.

Tomando como referencia la reconstrucción del aspecto original del palacete, con la recuperación de los espacios y decoración original, teniendo en cuenta la eficacia de la solución propuesta —ser restaurante—, en función de su uso y la reversibilidad de la obra que se ejecuta, la decisión

3. BASSEGODA NONELL, Juan, *Gaudí*, Temas españoles, Madrid, 1971.

más relevante ha sido sin duda la reconstrucción del invernadero, pues se considera que es un elemento fundamental para la comprensión del concepto espacial y estético del edificio.

Con respecto al resto de la fábrica, se reparará la cubierta, con la reposición de teja árabe, bajantes ocultas y crestería original. Se limpiarán las fachadas y repondrán los azulejos ausentes. Por último, se están efectuando las obras correspondientes para que todo el sistema de instalaciones y cocinas se concentre en un sótano, entre la exedra y la fachada Sur, fuera del espacio original del edificio gaudiniano.

El «Capricho», por tanto, quedará así: la planta de semisótano ampliada contará con las cocinas, zona de servicios y bodega. La planta primera con el invernadero será la zona noble de comedores de pequeño tamaño, con la posibilidad de utilizar la terraza para comer al aire libre. Y la planta bajocubierta se dedicará a salas de café y pequeñas salas de reunión y tertulia.

